

IMAGENES DE FLORENCIA

*Esta ciudad que del demonio es sede^t
sin cuidado, olvidada de su Dueño,
donde la envidia por sus calles hiede,
por su maldita flor (*), hasta en el sueño,
arde el Pastor, como por sangre el lobo,
arde la ruda grey, lobo pequeño;
ya el Evangelio aquí y el santo modo
del meditar antiguo lo ha extraviado:
controversia y 'cuestión' se vuelve todo.
De este 'saber' el Papa está prendado,
Y el nido, Nazaret, de la Paloma,
¿lo guarda quién, lo tiene a su cuidado?
Mas, ¡ay! del Vaticano y ¡Ay! de Roma
usinas del martirio, y cementerio
del Cuerpo que por Cristo nombre toma:
¡Pronto libre serán del adulterio!*

DANTE:

(*Par. cant. 1x, 127*). .

Maquiavelo

BELFAGOR ARCHIDIABLO (FABULA).

SE LEE en las antiguas memorias de la vida florentina, como ya se supo por la narración oral de un hombre piadosísimo —cuya vida fue celebrada por todos los que vivieron en ese tiempo— quien, abstraído en sus oraciones, contempló en visiones cómo todos o la mayor parte de aquellos miserables que morían en la desgracia de Dios e iban a parar al infierno, se lamentaban de haber sido conducidos a tanta desdicha por el solo hecho de haberse casado. De lo cual, ciertamente, Minos y Radamanto, junto con todos los otros jueces infernales estaban maravillados. Y no pudiendo creer que fuesen verdaderas estas acusaciones que aquéllos hacían contra el sexo femenino, y como día a día crecían las protestas, dieron cuenta de todo a

Plutón, quien decidió iniciar con los otros príncipes infernales un maduro examen a fin de tomar después el partido que fuese considerado mejor para descubrir la falacia y conocer plenamente la verdad. Llamólos, pues, a consejo y Plutón habló en los siguientes términos:

Aun cuando, amados míos, por disposición celeste y suerte fatal del todo irrevocable poseo este reino, y que por este motivo no puedo ser obligado por ningún juicio celeste o mundano, sin embargo, ya que es mayor la prudencia de aquellos que pueden más (libremente) someterse a las leyes y estimar el juicio ajeno, por esto, he decidido aconsejarme de vosotros acerca de cómo debo manejarme en un caso como el presente, el cual podría acarrear desprestigio a nuestro imperio. Pues, diciendo todas las almas que por culpa de sus mujeres han venido a parar a este reino, y considerado imposible tal cosa, si hacemos justicia en base a tales afirmaciones, corremos el riesgo de ser acusados de crueldad, y si no lo hacemos en base a ellas, como faltos de severidad y poco amigos de la justicia. Y, como uno es pecado propio de hombres ligeros y el otro, propio de injustos y, queriendo escapar de estos reproches que de un lado y el otro podrían pender, al no encontrar la manera, os hemos llamado para que aconsejándonos, nos ayudeis y seáis la causa de que este reino así como en el pasado ha vivido sin deshonra, viva así también en el futuro. Pareció a cada uno de los príncipes que el caso era importantísimo y de mucha consideración: y, aunque todos habían concluido que era del todo necesario descubrir la verdad, discrepaban, sin embargo en el modo: que unos eran de la opinión de mandar a un sólo príncipe a la tierra; otros de mandar varios, para que bajo forma humana averiguaran personalmente la verdad; que muchos eran del parecer de evitarse tantas molestias obligando con variados tormentos a confesar la verdad a las almas mismas. Pero obstante, la opinión se inclinó hacia el lado de los primeros. Y no encontrándose ninguno que voluntariamente se ofreciere a esta empresa, se acordó que fuese la suerte la que lo había de declarar. La cual cayó sobre Belfagor¹, archidiablo, y antes de su caída del cielo, arcángel². Este, si bien de malas ganas, tomó el encargo, constreñido por el imperio de Plutón y se dispuso a cumplir cuanto en el Concilio se había acordado y se obligó también a

aquellas condiciones solemnemente establecidas entre todos. Estas eran: se entregaría a quien hubiese resultado elegido para este encargo la cantidad de cien mil ducados, con los que debía venir a este mundo, y, en la forma de hombre, casarse y vivir X años con su mujer hasta que fingiendo morirse se volviese al infierno a dar fe ante sus superiores, de cuál era su experiencia y qué cargas e incomodidades acarrea el matrimonio. Establecióse, además, que durante todo ese tiempo estaría sometido a las incomodidades y males a los que están sometidos los hombres, a la pobreza, a la cárcel, a la enfermedad y, en fin, a cualquier otro infortunio en que el hombre cae y del que no se libera que no sea con engaños y con astucia. Tomado, pues, el aspecto y la naturaleza humanos, ensacado que hubo el dinero, Belfagor partió al mundo. Y seguido de las huestes infernales a su servicio —caballos y compañeros— entró con toda pompa en Florencia, ciudad que eligió entre todas por domicilio por parecerle la más apta para hacer con artes de usura rendir sus ducados:

Y haciéndose llamar Rodrigo de Castilla arrendó una casa en el barrio de Ognisanti; y para que no se descubriera su verdadera naturaleza dijo que de pequeño había salido de España a Soria y que en Aleppe había amasado su fortuna; que de allí se había venido a establecer en Italia con la intención de tomar mujer en regiones más humanas y más conformes a la vida civil y a su espíritu. Era Rodrigo un hombre de hermosura extraordinaria y no aparentaba más de 30 años. Y, habiendo en pocos días hecho ostentación de cuánta riqueza cargaba y dando ejemplo de ser humano y liberal, muchos nobles ciudadanos con exceso de crías y poca substancia venían a ofrecer sus hijas. Entre las cuales Rodrigo eligió una hermosísima niña llamada Honesta, hija de Américo Donati, quien tenía además, otras dos hijas, y 3 varones ya adultos. Y aun cuando Donati perteneciese a una nobilísima familia, apreciada en Florencia, a causa de la numerosa prole estaba al borde de la ruina. Rodrigo hizo una magnífica fiesta nupcial, sin descuidar cosa alguna que en fiestas de ese tipo se desean. Y puesto que, por la rigu-

rosa ley que le fue impuesta al salir del infierno, quedaba a merced de todas las humanas pasiones, no tardó en gustar del placer de los honores y de las pompas del mundo y tener en gran cosa el halago de los hombres, todo lo cual le acarreaba gastos considerables. Además, al poco tiempo de vivir con donna Honesta ya estaba enamorado de ella más allá de todo límite y se desvivía toda vez que la encontraba preocupada o triste. Había donna Honesta traído a casa junto con su nobleza y hermosura tanta soberbia como jamás la tuvo Lucifer y Rodrigo que habría experimentado una y la otra juzgaba superior la soberbia de su mujer. E, incluso, se hizo mucho más grande cuando se dio cuenta del amor que le tenía su marido; y sabiendo que en todo podía dominarlo sin piedad alguna ni respeto lo mandaba y lo agredía con palabras groseras e injuriosas si en algo no satisfacía sus caprichos. Lo que era para Rodrigo causa de enorme pesar. Y, el suegro, los hermanos, el linaje, el respeto al vínculo del matrimonio, todo esto, pero, sobre todo su gran amor por Honesta, le hacían tener paciencia. Así, no quiero hablar aquí de los inmensos gastos en que incurriría para agradarla con los vestidos de la última moda, para agradarla en todos los usos que continuamente nuestra ciudad por natural inclinación está variando: incluso fue preciso, para estar en paz con Honesta, venir en ayuda del suegro en el negocio de casar sus otras hijas: en lo que gastó grandes sumas de dinero. Luego de lo cual, a fin de conservar la paz, tuvo que mandar a uno de sus hermanos al Levante a comerciar en géneros; otro al poniente, con brocados; al tercero abrirle una joyería en Florencia. Cosas éstas en las que disipó gran parte de su fortuna. Además de esto, en el tiempo de carnaval y de San Juan, cuando toda la ciudad siguiendo viejas costumbres, hace fiesta, y cuando los más nobles y ricos ciudadanos compiten en el esplendor de sus banquetes, donna Honesta, para no quedar por debajo, pretendía que su Rodrigo superase a todos en tales festejos. Inconvenientes que Rodrigo soportaba por las razones ya dichas. Y, aunque gravísimos, no le habrían parecido tales, si de esto hubiese llegado la quietud a su casa y si pacíficamente hubiese podido esperar los tiempos de su ruina. Pero, lo contrario ocurría. Puesto que, junto a los gastos insufribles, el insolente natural de donna Honesta le hacía la vida cada vez

más imposible. Y no había en su casa ni sirvientes ni empleados que no mucho tiempo, sino brevísimos días, la pudiesen sopor-
tar; de lo que nacían para Rodrigo molestias graves al no poder conservar siervo fiel a sus cosas. Y aquellos otros diablos que consigo había traído, muy pronto decidieron volverse al infierno, estarse en el fuego antes que vivir en el mundo bajo el imperio de esa mujer.

Quedando así Rodrigo en esta tumultuosa e inquieta vida y habiendo, a causa de los desordenados gastos, consumido todo su patrimonio, empezó a vivir de la esperanza puesta en las ganancias que de poniente y levante esperaba; y puesto que aún tenía buen crédito, firmó letras y más letras. Y dando las letras vueltas por el mercado, muy pronto fue notado por aquellos que en estos ejercicios son expertos. Y justo al borde de la quiebra llegó a él conjuntamente nuevas de poniente y levante: uno de los hermanos de donna Honesta se había jugado toda la sustancia de Rodrigo; el otro, volviendo en una nave cargada de sus mercancías, habíase ahogado con nave y carga. Y para colmo: sin seguro. Apenas se publicaron estas noticias los acreedores de Rodrigo se reunieron y juzgándolo liquidado y no pudiendo proceder legalmente por cuanto aún no vencían los documentos que lo obligaban, decidieron vigilarlo estrechamente para que no huyera. Rodrigo, por su lado, no viendo remedio para su caso y conociendo los términos en que el infierno le había confiado su misión, fraguó la fuga en cualquier modo. Y como habitaba cerca de la Puerta del Prado, una mañana montó a caballo y emprendió las de Villadiego. No apenas hubo escapado el rumor se levantó y se extendió una milla más allá de la ciudad: en modo que viéndose en tan mal pie, decidió a fin de hacerse menos visible a sus perseguidores, salirse del camino y buscar su fortuna a través de los campos. Pero, viéndose impedido por las numerosas zanjas que atraviesan la región, y no pudiendo así continuar a caballo, dejó la cabalgadura en el camino y se puso a huir a pie, atravesando de campo en campo cubierto por los viñedos y cañizales que abundan allí hasta que llegó a la vista de Peretola, a casa de Juan Mateo del Brica, trabajador de Juan del Bene. Por caso encontró allí mismo a Juan Mateo que traía a casa algo de comer para los bueyes y a éste se confió prometiéndole que si lo salvaba

de manos de sus enemigos, quienes lo seguían para hacerlo morir en prisión, lo haría un hombre rico y que la daría a su partida tal prueba y el campesino tendría que creerle y, por último, que si no cumplía su palabra, se conformaría que Juan Mateo lo pusiera en manos de sus adversarios. Aunque campesino, eran Juan Mateo un hombre de valor y, pensando que nada perdía con salvarlo aceptó el trato y entonces hizo que Rodrigo se metiera en un montón de estiércol que había frente a su casa, lo cubrió con cañas y desperdicios que había juntado para quemar. No había terminado de esconderse cuando sus perseguidores llegaron allí, mas por más amenazas que profirieran no sacaron nada de Juan Mateo; a sí, siguieron adelante, habiéndolo buscado ese día y el siguiente, cansados se volvieron a Florencia. Entonces, Juan Mateo, una vez cesado el rumor y sacándolo del lugar en que Rodrigo estaba, le exigió la palabra. A lo que Rodrigo respondió: "hermano mío, tengo contigo una deuda y la quiero cumplir de todas maneras; y para que sepas que puedo cumplirla te diré ahora quien soy". Y entonces, le narró quien era y acerca de las leyes a las que se obligó al salir del infierno y del abandono de su mujer; le dijo luego la manera en que pensaba hacerlo rico, la que en buenas cuentas sería la siguiente: que apenas supiese de alguna mujer espirituada diese por cierto que él, Rodrigo, la tenía posesionada y que sólo saldría de su cuerpo si Juan Mateo venía a pedirselo; lo que sería ocasión de que éste se hiciese muy bien pagar por los parientes de aquella. Y, sellado el pacto, desapareció. No pasaron muchos días cuando se supo por toda Florencia que la hija de meser Ambrosio Amidei, casada con Bonaiuto Tebalducci, estaba endemoniada, y no faltaron los parientes que se ofrecieron a hacerle todos esos remedios que se hacen en semejantes circunstancias. Cosas todas de las cuales Rodrigo se burlaba. Y para hacer ver a cómo el mal de la niña obedecía a un espíritu y no a fantásticas imaginaciones, hablaba en latín y disputaba acerca de asuntos filosóficos, y declaraba los pecados de muchos; entre otros, los de un fraile que había mantenido a su lado, más de cuatro años, en su celda a una mujer vestida de monaguillo. Todo lo cual causaba maravilla a la gente. Así meser Ambrosio estaba muy apenado de este suceso. Y habiendo probado en vano todos los remedios, daba ya por perdida la

esperanza de sanarla, cuando Juan Mateo vino a verlo y le prometió la curación de su hija a condición de que se le regalasen 100 florines para comprar un sitio en Peretola. Meser Ambrosio aceptó, por lo que, Juan Mateo, ordenada ciertas misas y ceremonias a fin de embellecer la cosa, se acercó al oído de la niña y dijo: ('Rodrigo, yo he venido aquí para que cumplas tu promesa'). A esto respondió Rodrigo: 'De acuerdo, pero esto no bastará para hacerte rico. Así es que cuando me vaya de aquí entraré en la hija del rey de Nápoles y no me saldré de ella sin ti. Hazte dar allá la propina que deseas. Después de lo cual no me darás más trabajo. Dicho esto se salió de la niña con gran placer y admiración de toda Florencia.

No pasó mucho tiempo que se difundió por toda Italia el accidente ocurrido a la hija del rey Carlos. Y no encontrando remedio alguno, llegádale la fama de Juan Mateo, mandó a Florencia a buscarlo. Este, apenas estuvo en el palacio del rey, luego de algunas fingidas ceremonias, la curó. Pero, Rodrigo, antes de marcharse, le dijo: 'Ya ves, Juan Mateo, he cumplido la promesa de enriquecerte. Y no estándote obligado por cosa alguna, te ruego no te cruces en mi camino, porque si hasta el momento te he hecho bien, en el futuro te haré mal'. Vuelto a Florencia, riquísimo (ya que había recibido más de 50.000 ducados del Rey) imaginaba gozarse pacíficamente sus riquezas, y no le pasaba por la mente que Rodrigo pudiera molestarlo. Sin embargo, sus proyectos fueron rápidamente turbanos por un nuevo hecho: una hija de Ludovico VII, rey de Francia, estaba endemoniada. Tal noticia alteró sobremanera la mente de Juan Mateo, pensando en la autoridad de ese rey y, al mismo tiempo, en las palabras de Rodrigo. Así, no encontrando el rey remedio para su hija y sabiendo la virtud de Juan Mateo, mandó a buscarlo, primero, simplemente por medio de un mandadero. Pero como aquél alegase estar indispuerto vióse el rey forzado a recurrir a la señoría. Y ésta forzó a Juan Mateo a obedecer. Fue pues a París desconsoladísimo hizo ver al rey que, si bien antes había curado a alguna endemoniada, esto no quería decir que supiese o pudiese curarlas a todas, tenido en cuenta que se encontraba a veces naturas pérfidas y a tal punto que no tenían ni encantos ni amenazas ni religión alguna. Agregó que no obstante estaba allí para hacer lo debido y que si no lograba

curarla, por anticipado pedía al rey su clemencia y perdón. A lo cual el rey, fuera de sí, respondió que si no sanaba a su hija pagaría con la horca. Gran dolor conmovió a Juan Mateo; con todo haciendo de tripas corazón hizo venir a la endemoniada y, acercándose a su oído humildemente se encomendó a Rodrigo, recordándole que le había salvado la vida y cuánta ingratitud significaría si lo abandonase en esas circunstancias. A lo que éste respondió: ‘¿Qué? guaso traidor. ¡Así es que tienes el coraje de aparecerte de nuevo! ¿Crees que puedes alardear de haberte enriquecido por mis manos? Quiero demostrarte y a cualquiera cómo sé quitar también lo que doy. Y antes que te vayas de aquí te haré ahorcar de todas manera’. Viendo Juan Mateo que por ese lado no había remedio, tentó fortuna en otra dirección. Y haciendo salir a la espirituada dijo al rey: ‘Majestad, como ya os dije, hay espíritus tan malignos que es imposible tratar con ellos, y éste es uno de esos. Por lo que quisiera hacer una última experiencia que, de resultar, habrá de producir lo que deseamos; en caso contrario, estoy a tu merced y tendrás la compasión que merece mi inocencia. Haz, pues, levantar sobre la plaza de Notre Dame un gran palco capaz de contener a todos tus barones y al clero de esta ciudad; haz preparar el palco con cortinajes de seda y oro y pon en el medio un altar; quiero que el domingo por la mañana tú con tus barones, con tus príncipes y el clero, con la pompa real con ricos y espléndido vestidos os reunáis en ese palco y luego de la celebración de la misa harás acercarse a la endemoniada. Quiero además que en una esquina de la plaza dispongas por lo menos 20 personas con trombas, cornos, tambores, cornamusas, panderetas, címbalos y todas las clases de sonidos, las que cuando yo levante el sombrero empezarás a tocar y tocando se acercarán al palco, todo esto, junto a otros secretos míos creo, harán huir al espíritu’. Sin demora el rey ordenó todo lo dicho y, llegado el domingo, lleno el palco de personajes y la plaza de gente, celebrada la misa, la endemoniada de la mano de dos obispos y muchos señores fue conducida al palco. Cuando Rodrigo vio tanta gente y tanto aparato se quedó de una pieza y se dijo a sí mismo: ‘¿Qué es lo que pensará hacer este guaso holgazán? ¿Crees sorprenderme con esta pompa? ¿No sabe que estoy acostumbrado a ver las pompas del cielo y las furias del infierno?’

De todos modos lo castigaré'. Y cuando, Juan Mateo, se le acercó y lo rogó que saliera le dijo: '¡Buena idea has tenido! ¡Qué crees que vas a hacer con este aparato? ¿Qué vas a huir de mi potencia y de la ira del rey? Guaso bellaco, te haré ahorcar de todos modos. Y así volviendo a rogar Juan Mateo y Rodrigo contestándole en esa forma, estimó aquél que no podía perder más tiempo. Y haciendo señas con el sombrero todos los que habían sido designados para tocar, comenzaron a hacerlo y con ruidos que alcanzaban el cielo se iban acercando al palco. A lo que Rodrigo alzó las orejas; y no sabiendo qué era y quedando perplejo, confundido preguntó a Juan Mateo a qué se debía aquello. ¡'Oh Rodrigo mío!, respondió Juan Mateo, esa es tu mujer que te viene a buscar. Es maravilloso imaginar cuanta alteración trajo a Rodrigo el recuerdo del nombre de su mujer. Y fue tanta que no pensando si era posible o razonable lo que se le decía, sin más réplica, lleno de temores huyó dejando libre a la niña y más bien quiso volver al infierno a dar cuenta de sus acciones antes que someterse de nuevo a tantos fastidios, desprecios y peligros que envuelve el yugo matrimonial. Y así Belfagor vuelto al infierno dio testimonio de los males que acarrea la mujer a la casa. Y Juan Mateo, que supo más que el diablo, regresó feliz a su casa.